



Z
A
N
O
N
I

EDWARD BULWER LYTTON

En torno a los años precedentes a la Revolución Francesa, el enigmático conde Zanoni irrumpe en Nápoles dando inicio a una de las historias más controvertidas e intensas que han sido descritas literariamente, y que convirtió a este libro en una de las obras maestras del Romanticismo inglés. El amor, la inmortalidad, la pasión del ángel caído, los hilos ocultos que mueven la historia humana, y la espiritualidad oriental que comenzaba a penetrar en Europa hicieron de esta novela, imbuida de pasión y preguntas inquietantes, una obra con una poderosa fuerza de atracción que marcó el pensamiento y el sentido estético de autores como Nietzsche, Lovecraft o Dickens, calando profundamente en la cultura occidental de finales del siglo XIX y principios del XX.

Zanoni es un relato grandioso —que evoca los cuatro tipos de locura divina descritos en el Fedro de Platón: profética, iniciática, poética y erótica— envuelto en una belleza trágica y tejido en una red de personajes extraños y desconcertantes, que hacen tambalear muchos de los presupuestos morales e ideas sobre la vida y la muerte que nos permiten entender el mundo. Es uno de esos libros que no dejan indiferente a ningún lector, dejando una huella imborrable.

Introducción

Es posible que entre mis lectores haya unos pocos que recuerden una antigua librería que algunos años ha existía en las inmediaciones de *Covent Garden*^[1]; y digo pocos, porque, a decir verdad, muy escaso atractivo podrían tener, para la inmensa mayoría de la gente, aquellos preciosos volúmenes que toda una vida de continua labor había acumulado en los empolvados estantes de la librería de mi viejo amigo D***.

Allí no había que buscar tratados populares, novelas de pasatiempo, historias ni viajes, ni los *Conocimientos para el pueblo*, ni tampoco la *Biblioteca recreativa para todos*; pero, en cambio, el curioso no habría encontrado tal vez en toda Europa una colección tan rica como aquella, pues ningún aficionado entusiasta había conseguido jamás reunir tantas obras de Alquimia, Cábala y Astrología como las que figuran en dicha colección. Su propietario había gastado una verdadera fortuna en la adquisición de multitud de tesoros que no debían tener salida; pero hay que decir también que el viejo señor D*** tampoco tenía muchas ganas de venderlos, pues sentía en el alma deshacerse de tales volúmenes. Pasaba un mal rato cada vez que veía entrar en su tienda algún parroquiano; espiaba los menores movimientos del insolente intruso, lanzándole miradas furibundas, y andaba alrededor de él vigilándole sin descanso; re-funfuñaba y ponía un gesto de vinagre cuando unas manos profanas sacaban de su polvoriento nicho alguno de sus ídolos adorados. Si por ventura entre las odaliscas favoritas

de su encantador harén, seducía alguna al comprador y no retrocedía éste al oír el exorbitante precio que por ella pedía, muchas veces no reparaba el viejo D*** en doblar el precio del libro. Un poco de vacilación por parte del intruso era bastante para que con vivo placer le arrebatara él de las manos la venerable hechicera; pero si, por el contrario, el visitante accedía a sus pretensiones, pintábase la desesperación en el rostro del viejo; y, no pocas veces, en medio del silencio de la noche, llamaba a la puerta del comprador para que le vendiera, en las condiciones que quisiese, el libro que le había comprado pagándole tan espléndidamente al precio que a él se le antojara. Fanático entusiasta de su Averroes y de su Paracelso, sentía la misma repugnancia que los filósofos, a quienes había estudiado, en comunicar a los profanos el saber que había él adquirido.

Sucedió, pues, que allá en los juveniles años de mi existencia y de mi vida literaria, tenía yo vivos deseos de conocer el origen y las doctrinas de la extraña secta denominada de los Rosacruces. Poco satisfecho con las escasas y superficiales nociones que acerca de este asunto pueden hallarse en las obras corrientes, se me ocurrió la idea de que en la colección del señor D***, que era muy rica, no sólo en libros impresos, sino también en manuscritos, encontraría, tal vez, algunos datos más precisos y auténticos sobre aquella famosa fraternidad, escritos, quizás, por alguno de los miembros de la misma orden, y que viniesen a confirmar, con el peso de su autoridad y con ciertas particularidades, las pretensiones a la sabiduría y a la virtud que Brigaret atribuía a los descendientes de los Caldeos y Gimnosofistas.

Así, pues, encaminé mis pasos hacia dicho punto, el cual era indudablemente —aunque deba avergonzarme de confesarlo— uno de los sitios que en las crónicas de nuestros propios días, errores y engaños tan absurdos como los de los alquimistas de los viejos tiempos. Es muy posible que nuestros mismos periódicos parezcan a nuestra posteri-

dad tan llenos de patrañas, como lo son a nuestros ojos los libros de los alquimistas, sin exceptuar aquello de que la prensa es el aire que respiramos, y eso que es también un aire sumamente nebuloso.

Al entrar en la librería, me llamó la atención el venerable aspecto de un parroquiano a quien veía allí por primera vez, y aun me sorprendió más el respeto con que le trataba el poco amable coleccionador.

—Caballero —le dijo al fin con un tono lleno de énfasis, mientras yo estaba hojeando el catálogo—, en los cuarenta y cinco años que llevo dedicados a esta clase de investigaciones, es usted el único hombre que he encontrado digno de ser mi parroquiano. ¿Cómo ha podido usted, en estos tiempos tan frívolos, adquirir unos conocimientos tan profundos? Y dígame usted: ¿no habrá en toda la tierra un libro, un manuscrito siquiera en el cual pueda uno aprender los descubrimientos y las enseñanzas de esa augusta fraternidad, cuyas doctrinas, solo vislumbradas por los más grandes filósofos, son para estos todavía un misterio?

Al oír las palabras «augusta fraternidad», no hay para qué decir cuánto se excitó en aquel momento mi curiosidad, ni con qué ansia esperaba yo la respuesta del desconocido.

—Yo no creo —dijo el anciano caballero— que los maestros de dicha secta se hayan revelado jamás al mundo, como no sea por medio de oscuras insinuaciones y de parábolas místicas, sus verdaderas doctrinas; y no seré yo, ciertamente, quien les dirija el menor reproche por su discreción.

Calló después que hubo dicho esto, y parecía que iba a retirarse, cuando yo me dirigí al coleccionador diciéndole de un modo algo brusco:

—Nada veo en su catálogo, señor D***, que haga referencia a los Rosacruces.

—¡Los Rosacruces! —exclamó el viejo visitante, mirándome fijamente con cierta sorpresa mezclada de recelo—.

¿Y quién, a menos de ser un Rosacruz, podría explicar los misterios rosacruces? ¿Ha podido usted imaginar siquiera que algún miembro de esa secta, la más celosa de todas las sociedades secretas, pudiera levantar el velo que oculta al mundo la Isis de su sabiduría?

—¡Tate! —dije yo entonces para mis adentros—. Esa será, pues, la augusta fraternidad de que estabais hablando. ¡Loado sea Dios! Por fin había topado, indudablemente, con un individuo de tal fraternidad.

—Pero —dije en voz alta—, puesto que es inútil buscar en los libros, ¿en dónde podría yo obtener datos sobre esta cuestión? En nuestros días no puede uno arriesgarse a poner en letras de molde cosa alguna sin saberla de buena tinta, y apenas se puede citar una frase de Shakespeare, si no se cita al mismo tiempo el título de la obra y el verso correspondiente. Esta es la época de los hechos, caballero, la época de los hechos.

—Bien —dijo el anciano con una amable sonrisa—; si nos vemos alguna vez, quizá podré, por lo menos, dirigir las investigaciones de usted hacia la fuente misma del saber.

Dichas estas palabras, abrochóse el gabán, llamó con un silbido a su perro, y se marchó.

Cuatro días después de nuestra breve conversación en la librería del señor D***, encontreme de nuevo con el anciano caballero. Iba yo tranquilamente a caballo en dirección a Highate, cuando, al pie de su clásica cuesta, distinguí al desconocido que iba montado en un caballo negro, delante del cual marchaba su perro, que era negro también.

Si encuentras, caro lector, al hombre a quien deseas conocer, cabalgando al pie de una larga subida, en donde no puede alejarse mucho de ti, por cierta consideración a la especie animal, a no ser que su montura sea el caballo favorito de un amigo suyo que se lo haya prestado, creo yo

que tuya sería la culpa, si, antes de ganar la cima, no hubieses adelantado mucho en tu empeño.

En suma: favoreciome tanto la suerte, que, al llegar a Highate, el anciano caballero me invitó a descansar un rato en su casa, que se hallaba a corta distancia de la población.

Aunque pequeña, era una casa excelente y muy confortable, con un vasto jardín contiguo a la misma, y desde sus ventanas gozábase de una vista tan preciosa, que seguramente Lucrecio la habría recomendado a los filósofos. En un día despejado podían distinguirse perfectamente las torres y cúpulas de Londres. Aquí estaba el tranquilo retiro del ermitaño; a lo lejos el *Maremagnum* del mundo.

Las paredes de las piezas principales estaban decoradas con pinturas de un mérito extraordinario, pertenecientes a aquella alta escuela de arte que tan mal comprendida es fuera de Italia; y me quedé maravillado al saber que dichas pinturas habían sido hechas por la mano del mismo propietario.

Mis muestras de admiración parecieron complacer a mi nuevo amigo, y al girar la conversación sobre este punto, dio él claras pruebas de no ser menos inteligente en cuestión de teorías del arte, que consumado en la práctica del mismo.

Sin ánimo de molestar al lector con juicios críticos que no son del caso, quizá será necesario, mientras se dilucida en gran parte el designio y carácter de la obra a la cual estas páginas sirven de introducción, hacer observar, en breves palabras, lo mucho que el anciano insistía sobre la relación que existe entre las diferentes artes, de igual modo que un autor eminente lo ha hecho con respecto a las diversas ciencias.

Sostenía también que en toda clase de obras de pura imaginación, tanto si éstas son expresadas por medio de palabras como por medio de colores, el artista afiliado a las escuelas más elevadas, debe hacer la más amplia distinción entre lo real y lo verdadero; o en otros términos: entre la

imitación de la vida real, y la exaltación de la Naturaleza hasta lo ideal.

—Lo primero —dijo— es lo que constituye la escuela holandesa; lo segundo, es lo que caracteriza la escuela griega.

—En cuestión de pintura podrá ser —contestó mi amigo—; pero tratándose de literatura...

—Precisamente a la literatura me refiero. Nuestros poetas noveles están todos por la llaneza y por Betty Foy; y lo que nuestros críticos aprecian más en una obra de imaginación, es poder decir de ella que sus personajes están exactamente calcados sobre la vida común. Hasta en la escultura...

—¡En la escultura! Nada de eso. En la escultura el ideal más elevado, debe ser, por lo menos, la parte más esencial.

—Perdone usted; tal vez no habrá usted visto a Souther Johnny y a Tam O'Shanter.

—¡Ah! —exclamó mi anciano amigo, moviendo la cabeza de arriba abajo—. A lo que veo, yo vivo muy apartado del mundo. Supongo que Shakespeare habrá dejado de ser la admiración de la gente.

—Al contrario; la gente adora a Shakespeare; pero tal adoración no es más que un pretexto para dirigir duros ataques a todos los demás escritores. Solo que nuestros críticos han descubierto que Shakespeare es tan realista...

—¡Realista Shakespeare! ¡El poeta que ni una sola vez en su vida ha trazado un personaje que se pueda encontrar en el mundo en que vivimos; el hombre que ni una vez siquiera descendió a presentar una pasión falsa ni un personaje real!

Iba yo a contestar sin ambages ni rodeos a su paradoja, cuando advertí que mi interlocutor empezaba a perder su calma habitual; y aquel que desea pescar un Rosacruz, es menester que ponga muchísimo cuidado en no enturbiar el agua. Así, pues, creí que lo más conveniente era dar otro giro a la conversación.

—Volvamos a nuestro tema —dije—; usted me prometió disipar mi ignorancia acerca de los Rosacruces...

—¡Muy bien! —me contestó en tono serio—; pero ¿con qué propósito? ¿Pretende usted, acaso, entrar en el templo con el único objeto de ridiculizar sus ritos?

—¿Por quién me ha tomado usted, caballero? A buen seguro que si tal fuese mi intento, la desdichada suerte que le cupo al abate de Villars sería una lección más que suficiente para que nadie se metiera a hablar a tontas y a locas de los reinos de la Salamandra y del Silfo. Todo el mundo sabe cuán misteriosamente fue privado de la vida aquel hombre de talento, en pago de las satíricas burlas de su *Comte de Gabalis*.

—¡Salamandra! ¡Silfo!... Veo que incurre usted en el error vulgar de entender al pie de la letra el lenguaje alegórico de los místicos.

Esta observación dio motivo a mi respetable interlocutor para condescender a hacerme una relación sumamente interesante y erudita, a mi pobre juicio, acerca de las doctrinas de los Rosacruces, algunos de los cuales, según me aseguró, existían todavía, continuando en augusto misterio sus profundas investigaciones en el terreno de las ciencias naturales y de la filosofía oculta.

—Pero esa fraternidad —siguió diciendo—, aunque respetable y virtuosa, y digo virtuosa porque no hay en el mundo ninguna orden monástica que sea más rígida en la práctica de los preceptos morales ni más ardiente en la fe cristiana; esta fraternidad es tan solo una rama de otras sociedades aun más importantes por los poderes que han adquirido, y más ilustres por su origen. ¿Está usted enterado de la filosofía platónica?

—Alguna que otra vez me he perdido en sus laberintos —dije—. A la fe mía, los platónicos son unos caballeros que no dejan comprender tan fácilmente.

—Y a pesar de lo que usted dice, sus problemas más intrincados no se han publicado jamás. Sus obras más subli-

mes se conservan manuscritas, y constituyen las enseñanzas propias de la iniciación, no solo de los Rosacruces, sino también de aquellas fraternidades más nobles a que me refería hace poco. Pero aun más solemnes y sublimes son los conocimientos que pueden espigarse de sus antecesores los Pitagóricos y de las inmortales obras maestras de Apolonio.

—¡Apolonio, el impostor de Tiana! ¿Existen escritos suyos?

—¡Impostor! —exclamó mi amigo—. ¡Apolonio impostor!

—Perdone usted; no sabía yo que fuera el amigo suyo; y si usted me da una garantía de su persona, creeré de buena gana que fue un sujeto muy respetable, que no decía sino la pura verdad cuando se jactaba de la facultad que tenía de poder estar en dos parajes distintos a la vez.

—Y qué, ¿tan difícil le parece a usted eso? —replicó el anciano—; según veo, no habrá usted soñado nunca.

En este punto terminó la conversación; pero desde aquel momento quedó asegurada entre los dos una verdadera intimidad, que duró hasta que mi venerable amigo abandonó esta vida mortal. ¡Descansen en paz sus cenizas!

Era él un hombre de costumbres muy originales y de opiniones verdaderamente excéntricas; pero la mayor parte de su tiempo lo empleaba en actos de filantropía sin ruido y sin ostentación alguna. Era entusiasta de los deberes del Samaritano; y así como sus virtudes eran realzadas por la más dulce caridad, sus esperanzas tenían por fundamento la fe más fervorosa.

Guardaba una reserva absoluta acerca de su propio origen y de la historia de su vida, y las tinieblas que envolvían semejante misterio eran un obstáculo que no me fue dado jamás superar. Según parece, había viajado mucho, y había sido testigo ocular de la primera Revolución francesa, acerca de la cual se expresaba de un modo tan elocuente como instructivo, pero sin juzgar los crímenes de aquella época

borrascosa con aquella filosófica indulgencia con que algunos escritores ilustrados, que por otra parte tienen la cabeza bien segura sobre sus hombros, se sienten inclinados actualmente a tratar de las matanzas y los degüellos de unos tiempos que pasaron ya. Hablaba, no como un simple erudito, que ha leído y razonado más o menos, sino como un hombre que había visto con sus propios ojos y ha tenido mucho que sufrir.

Este anciano caballero parecía vivir solo en el mundo, y yo ignoraba que tuviera pariente ninguno, hasta que su ejecutor testamentario, primo suyo en grado lejano, que residía en el extranjero, me enteró del rico legado que me hizo mi pobre amigo. Este legado consistía, en primer lugar, en una cantidad de dinero, respecto a la cual creo que lo mejor que puedo hacer es guardarla, en previsión de un nuevo impuesto sobre las rentas y bienes inmuebles; y además, en ciertos preciosos manuscritos, a los cuales debe este libro su existencia.

Presumo que este último legado lo debo a una visita que hice a aquel Sabio, si con tal nombre se me permite llamarlo, pocas semanas antes de su muerte.

Si bien leía muy poco de la literatura moderna, mi amigo, con la amabilidad que le caracterizaba, me permitía consultarle acerca de algunos ensayos literarios proyectados por la irreflexiva ambición de un estudiante joven y sin experiencia.

Un día que le pedí su parecer tocante a una obra de imaginación, en la cual me proponía yo pintar los efectos del entusiasmo en las distintas modificaciones del carácter, escuchó, con su paciencia habitual, el argumento de mi obra, que era asaz vulgar y prosaico, y, dirigiéndose luego con aire pensativo hacia su estantería, sacó un libro antiguo, del cual me leyó, primero en griego, y luego en inglés, algunos párrafos del tenor siguiente:

«Platón señala aquí cuatro clases de *Manía*, palabra que, a mi entender, denota el entusiasmo y la inspiración de los

dioses. Primera, la musical; segunda, la teléstica o mística; tercera, la profética, y cuarta, la perteneciente al amor».

El autor citado por mi amigo, después de sostener que en el alma hay algo que está por encima del intelecto, y después de afirmar que en nuestra naturaleza existen diversas potencias, —una de las cuales nos permite descubrir y abarcar, por decirlo así, las ciencias y los teoremas con una rapidez casi intuitiva, mientras que mediante otra de ellas se ejecutan las sublimes obras de arte, tales como las estatuas de Fidias—; vino a sentar que «el entusiasmo, en la verdadera acepción de la palabra, aparece cuando aquella parte del alma que está por encima del intelecto, es exaltada hasta los dioses, de los cuales proviene su inspiración».

Prosiguiendo en sus comentarios sobre Platón, el autor hace observar que «una de estas *manías* (especialmente la que pertenece al amor), puede ser suficiente para hacer remontar el alma a su divinidad y bienaventuranza primitivas; pero que existe una íntima unión entre todas ellas, y que la progresión ordinaria por la cual se remonta el alma, es, en primer lugar, por el entusiasmo musical; después por el teléstico o místico; terceramente, por el profético; y, finalmente, por el entusiasmo de Amor».

Escuchaba yo estas enrevesadas sublimidades con la cabeza aturdida y prestando atención con muy mala gana, cuando mi mentor cerró el libro, diciéndome con un aire de marcada satisfacción:

—Ahí tiene usted el lema de su libro, la tesis para su tema.

—*Davus sum, non Ædipus* —repuse yo moviendo la cabeza con aire contrariado.

—Todo eso será muy hermoso, si usted quiere; pero, confúndame el cielo si he comprendido ni una sola palabra de cuanto me acaba usted de decir. Los misterios de los Rosacruces y las fraternidades de que usted habla, no son más que juegos de chiquillos en comparación de la jerigonza de los platónicos.

—Y, sin embargo, hasta que usted haya comprendido bien este pasaje, no podrá usted entender las más elevadas teorías de los Rosacruces o de las fraternidades aún más nobles, de las cuales habla usted con tanta ligereza.

—¡Ah! Pues en este caso renuncio a toda esperanza de conseguirlo. Pero, ¿por qué, ya que tan versado está usted en esta clase de materias, no adopta aquel lema para uno de sus libros?

—Dígame usted: y si yo tuviese ya escrito un libro así, ¿se encargaría usted de arreglarlo para el público?

—Con mucho gusto, —respondí con harta imprudencia.

—Pues le cojo a usted la palabra —me dijo el anciano—; y cuando yo haya dejado de existir, recibirá usted los manuscritos. Y a propósito de lo que decía usted respecto al gusto que hoy predomina en cuestión de literatura: no puedo halagar a usted con la esperanza de obtener gran provecho en su empresa, y le advierto de antemano que no es floja la carga que se ha echado usted encima.

—¿Es una novela lo que usted ha compuesto?

—Es novela y no lo es. Para aquellos que están en disposición de comprender esta obra, es una realidad; mientras que resulta un cien pies para los que no se hallan en este caso.

Por fin, llegaron a mis manos los manuscritos, acompañados de una breve carta de mi llorado amigo, en la cual me recordaba mi imprudente promesa.

Con el corazón oprimido, y dominado por febril impaciencia, abrí el legajo después de avivar la luz de la lámpara. Pero, ¡júzguese cuál sería el desaliento que se apoderó de mí, al ver que toda la obra estaba escrita en unos caracteres que me eran desconocidos y de los cuales ofrezco esta muestra al lector:

y así sucesivamente, hasta novecientas cuarenta mortales páginas de a folio!

Apenas podía dar crédito a mis propios ojos; estaba verdaderamente como quien ve visiones. Asaltaron mi desconcertada imaginación ciertos recelos y temores respecto a la profana índole de los caracteres manuscritos que yo, sin darme cuenta de ello, había puesto al descubierto, contribuyendo también a esto las extrañas insinuaciones y el místico lenguaje del anciano. Verdaderamente, por no decir otra cosa peor, todo aquello me parecía muy misterioso.

Iba ya a echar resueltamente aquellos papeles en un rincón de mi escritorio, con la sana intención de no acordarme más de tal cosa, cuando de improviso se fijó mi vista en un libro primorosamente encuadernado en tafilete azul, en el cual, por efecto de mi turbación, no había reparado antes. Con gran precaución abrí este libro, ignorando lo que podía salir de allí, cuando con una alegría imposible de describir, vi que contenía un diccionario o clave para descifrar los jeroglíficos del manuscrito.

Para no fatigar al lector con la relación minuciosa de mis trabajos, me concretaré a decir que al fin y a la postre, creyéndome ya en disposición de poder interpretar aquellos caracteres, puse manos a la obra con verdadero ahinco; mas como la tarea no era muy fácil que digamos, se pasaron dos años antes de que yo hiciera un regular adelanto.

Deseando entonces tantear el gusto del público, logré publicar unos cuantos capítulos aislados en un periódico, en el cual tuve el honor de colaborar durante algunos meses. Los capítulos en cuestión parecieron excitar la curiosidad del público mucho más de lo que yo podía esperar, razón por la cual reanudé mi penosa tarea con más ardor que nunca.

Pero entonces me sobrevino un nuevo e inesperado contratiempo: conforme iba yo adelantando en mi trabajo, encontréme con que el autor había hecho dos originales de su obra, siendo uno de ellos mucho más esmerado y minucioso que el otro. Por desgracia, había yo topado con el original defectuoso, y así es que no tuve más remedio que

reformular mi labor de cabo a rabo, y traducir de nuevo los capítulos que ya tenía escritos. Puedo afirmar, pues, que exceptuando los ratos que yo dedicaba a las ocupaciones más perentorias, mi maldita promesa me costó algunos años de afanes y fatigas antes de poderla yo ver debidamente cumplida.

La tarea era tanto más difícil por cuanto el original estaba en una especie de prosa rítmica, como si el autor hubiera pretendido que su obra fuese considerada, en cierto modo, como una concepción o un ensayo poético. No era posible justificar tal cosa, y en mi tentativa he tenido, a menudo, necesidad de la indulgencia del lector. El respeto con que ordinariamente he mirado los caprichos de mi viejo amigo, cuya musa era de un carácter bastante equívoco, debe ser mi única excusa donde quiera que el lenguaje, sin entrar de lleno en el florido campo de la poesía, tome prestadas algunas galas un tanto impropias de la prosa.

En honor de la verdad debo confesar también que, a despecho de todos mis afanes, no tengo ninguna seguridad de haber dado siempre su verdadera significación a cada una de las cifras del manuscrito; y aún añadiré que en alguno que otro pasaje, he dejado en blanco ciertos puntos de la narración, y ocasiones ha habido en que, encontrándome a lo mejor con cifras nuevas de las cuales no tenía yo clave ninguna, me he visto forzado a recurrir a diversas interpolaciones de mi propia cosecha, que, sin duda, se distinguen fácilmente del resto, pero que me complazco en reconocer que no están del todo en desacuerdo con el plan general de la obra.

La confesión que acabo de hacer me lleva como de la mano a formular esta sentencia, con la cual voy a terminar:

Si en este libro, amigo lector, encuentras algo que sea de tu gusto, no lo dudes, esto es mío; pero allí donde veas alguna cosa que te desagrade, caiga tu reprobación sobre mi viejo amigo.